

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



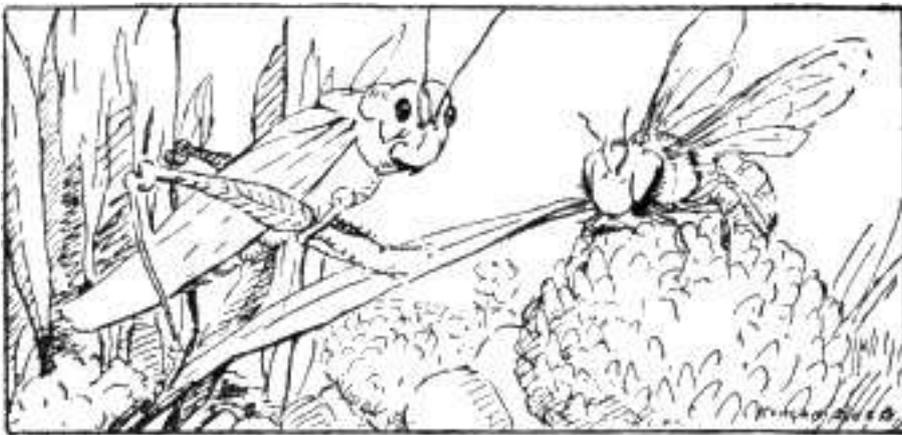
Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La abeja Maya y el acróbata (5/17)

Maya se había acomodado en un hueco en un árbol. Estaba segura y seca. Para protegerse de todas las criaturas, había sellado un poco la entrada del hueco del árbol con cera de abejas. También había guardado un poco de miel allí, para no tener que pasar hambre en los días de lluvia.



Hoy estaba seco y podía volar de nuevo. "¡Hoy conoceré a un humano!", exclamó con

alegría. "En días como hoy, la gente querrá estar al aire libre para disfrutar de la naturaleza".

Nunca había visto tantos insectos en un día. Iban y venían. En el aire se escuchaba el zumbido de diferentes insectos. En la hierba, vio tréboles, y decidió tomar un poco de néctar de las flores. De pronto vio, encima de la flor que estaba sobre ella, a una criatura verde y flaca sentada. Vio a la aterradora criatura, y tenía tanto miedo que no podía moverse. Tenía una extraña frente y largas y finas antenas que crecían en sus cejas. Su cuerpo era delgado y verde por todas partes. Incluso

sus ojos eran verdes. Tenía elegantes patas delanteras y alas delgadas y discretas que, según Maya, no serían de mucha utilidad. Lo más extraño eran sus patas traseras, que sobresalían sobre su cuerpo.

“¿Terminaste de mirar?”, dijo la criatura. “¿Nunca has visto un saltamontes antes? ¿O estás poniendo huevos en este momento?”.

“¿De qué estás hablando?” dijo Maya, sorprendida.

“¿Poniendo huevos? Ni siquiera lo pensaría. Incluso si pudiera, no lo haría. Eso es la tarea de la reina. ¡Ella es la única que puede hacer eso!”.

El saltamontes bajó la cabeza e hizo una mueca tan graciosa que Maya no pudo evitar reírse.

“Señora”, dijo el saltamontes, “¡eres todo un personaje!”.

El saltamontes también rió.

“¿Por qué te ríes?”, preguntó Maya. En serio, no puedes esperar que ponga huevos aquí en la hierba”.

Entonces el saltamontes dijo: “¡Hop!”, y de un salto, se fue. Luego volvió hasta Maya con otro “¡Hop!”. El saltamontes miró a Maya de arriba abajo. “No”, dijo.

“Definitivamente no puedes poner huevos. No estás equipada para ello. Eres una avispa, ¿no?”.

¡Ser llamada avispa! Maya lo encontró un gran insulto.

“¿Cómo te atreves a llamarme avispa?”, gritó enojada.

“¡Hop!”, dijo el saltamontes y se fue de nuevo.



Maya se fue volando, ofendida. ¿Cómo se atrevía a llamarla avispa? Pensaba que las avispas eran criaturas inútiles. La hizo enojar mucho.

“¡Hop!”. Allí estaba de nuevo.

“Señora”, dijo el saltamontes, “le pido perdón por cortar nuestra conversación. Pero es que tengo que saltar de vez en cuando. No puedo evitarlo. De vez en cuando tengo que saltar, donde sea. ¿Puedes saltar tú también?”.

Sonrió de oreja a oreja y Maya ya no pudo más estar enojada con él, y tuvo que reírse.

“¿Quién eres?”, preguntó Maya. “Me gustaría saber”.

“Bueno, todos saben quién soy”, dijo el saltamontes.

Maya nunca supo si estaba bromeando o hablando en serio.

“Soy nueva en estos lugares”, respondió amablemente, “de lo contrario, te conocería. Pero ten en cuenta que pertenezco a la familia de las abejas y no soy una avispa”.

“Dios mío”, dijo el saltamontes. “Ustedes se parecen mucho”.

“Obviamente nunca has ido a la escuela”, estalló. “Mira bien a una avispa”.

“¿Por qué debería?”, respondió el saltamontes. “¿De qué serviría ver diferencias que existen solo en la mente de los humanos? Tú, una abeja, vuelas por el aire, picas todo lo que encuentras y no puedes saltar. Lo mismo ocurre con una avispa. Entonces, ¿dónde está la diferencia?”.

“¡Hop!”. Y se fue.

“Pero ahora me voy a ir volando”, pensó Maya.

Allí estaba de nuevo.

“Señora”, dijo el saltamontes, “me gustaría invitarla a un concurso de saltos en el que yo mismo participaré, en el jardín del guardabosques”.

“No me interesan las acrobacias”, dijo Maya. “Alguien que vuela tiene mejores intereses”.

El saltamontes sonrió, una sonrisa que casi se podía oír.

“¡No se tenga en tan alta estima, mi querida! La mayoría de las criaturas de este mundo pueden volar, pero solo unas pocas pueden saltar. He conocido saltamontes, miembros de mi familia, que pueden saltar hasta trescientas veces su tamaño. ¡Trescientas veces su propia longitud! Imagina eso. Incluso el elefante, el animal más grande del mundo, no puede saltar tan alto”.

“¡Hop!”. Y se fue de nuevo.

Maya vio que era un tipo extraño, ese saltamontes que se hacía llamar Flip el saltamontes. Pero en la breve conversación que tuvo con él, le enseñó muchas cosas nuevas. Aunque no estaba de acuerdo sobre los saltos, lo encontraba muy interesante. Sabía los nombres de muchos tipos diferentes de criaturas. ¿Entendería también su idioma? Si volviera, se lo preguntaría. Y también le preguntaría qué pensaba acerca de acercarse a un humano, o entrar a la casa de un humano.

“¡Hop!”. Ahí estaba el saltamontes otra vez.

“¡Dios mío! ¿De dónde sigues viniendo?”, preguntó Maya.

“De los alrededores”, dijo el saltamontes.

“Pero dime, ¿simplemente saltas por el mundo sin saber dónde quieres aterrizar?”, volvió a preguntar.

“Por supuesto. ¿Por qué no? ¿Puedes leer el futuro? Nadie puede hacer eso. ¡Solo el sapo del árbol lo sabe, pero nunca lo dice!”, dijo el saltamontes.

“¡Las cosas que sabes! ¡Maravilloso, simplemente maravilloso!”, dijo Maya. “¿Entiendes el lenguaje de los humanos?”, preguntó con curiosidad.

“Esa es una pregunta difícil de responder, Maya, porque no se sabe si los humanos tienen un lenguaje. Hacen



sonidos y parecen entenderse entre sí. Una vez escuché a dos niños soplando una hierba. El resultado fue un silbato parecido al canto de un grillo, aunque con mucho menos calidad.

Aparentemente, los humanos hacen un intento honesto”, respondió el saltamontes.

Y una vez más, el saltamontes se fue. Pero esta vez, Maya esperó en vano por él. Miró a su alrededor en la hierba y las flores. No se lo veía por ninguna parte.